

XXXIV Semana del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Lunes

I. Contemplamos la Palabra

Primera Lectura: Daniel 1,1-6.8-20

No se encontró a ninguno como Daniel, Ananías, Misael y Azarías. El año tercero del reinado de Joaquín, rey de Judá, llegó a Jerusalén Nabucodonosor, rey de Babilonia, y la asedió. El Señor entregó en su poder a Joaquín de Judá y todo el ajuar que quedaba en el templo; se los llevó a Senaar, y el ajuar del templo lo metió en el tesoro del templo de su dios.

El rey ordenó a Aspenaz, jefe de eunucos, seleccionar algunos israelitas de sangre real y de la nobleza, jóvenes, perfectamente sanos, de buen tipo, bien formados en la sabiduría, cultos e inteligentes, y aptos para servir en palacio, y ordenó que les enseñasen la lengua y literatura caldeas. Cada día el rey les pasaría una ración de comida y de vino de la mesa real. Su educación duraría tres años, al cabo de los cuales, pasarían a servir al rey. Entre ellos, había unos judíos: Daniel, Ananías, Misael y Azarías.

Daniel hizo propósito de no contaminarse con los manjares y el vino de la mesa real, y pidió al jefe de eunucos que lo dispensase de aquella contaminación..." Al cumplirse el plazo señalado por el rey, el jefe de eunucos se los presentó a Nabucodonosor. Después de conversar con ellos, el rey no encontró ninguno como Daniel, Ananías, Misael y Azarías, y los tomó a su servicio. Y en todas las cuestiones y problemas que el rey les proponía, lo hacían diez veces mejor que todos los magos y adivinos de todo el reino.

Lectura evangélica Lucas 21,1-4

En aquel tiempo, alzando Jesús los ojos, vio unos ricos que echaban donativos en el arca de las ofrendas; vio también una viuda pobre que echaba dos reales, y dijo: "Sabed que esa pobre viuda ha echado más que nadie, porque todos los demás han echado de lo que les sobra, pero ella, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir."

II. Compartimos la Palabra

El episodio evangélico es ejemplarizador con su simple lectura. No necesita mayor comentario. La generosidad no se mide por lo que se da, sino por aquello con lo que uno se queda, por lo que no da. Y la viuda había dado "todo lo que tenía para vivir". Es el ejemplo que se aproxima al de Jesús de Nazaret, que no dio todo lo que tenía para vivir, sino que se dio todo él. Su vida fue un don. Como debe ser la nuestra. Somos por lo que entregamos a Dios y a los demás. Lo que nos reservamos nos hace menos, menos seres humanos. El problema de nuestra sociedad opulenta es que se preocupa cada vez más por lo que le falta y menos por

lo que les sobra. Es decir necesita tener más cada día. Lucha por acumular, no por compartir. En el ámbito de las naciones y en el individual de no pocas personas. Ese ansia por rodearse de cosas, de satisfacciones de todo tipo, determina que se abandone lo esencial, que no se cultive ni el saber, ni el amar: todo queda a expensas del tener. Supone una renuncia a la condición humana. A lo mejor de ella.

Fray Juan José de León Lastra

Licenciado en Teología

Dominicos.org (con permiso)